

ala delta

Marinella TERZI

ESTORNUDOS CON SORPRESA



Benito sufre alergia al polen; lo que no puede sospechar es que, si estornuda en la playa, desencadenará la magia: el sereno Paquiño y el indio Achís, acudirán para ayudarlo.

Marinella Terzi es editora, traductora, especialista en la literatura infantil. En sus novelas recrea con maestría el mundo interior, la sensibilidad, los sentimientos del niño.

*Para todos los que aman el mar.
Para ella,
que me enseñó a amarlo
y me recitaba poemas
mientras me lavaba la cara.*

Índice de contenido

Cubierta

Estornudos con sorpresa

Viernes

1. Un sereno venido del mar
2. El secreto del piel roja

Sábado

3. Los piratas negros
4. Ojos como platos
5. Señales de humo
6. El tesoro de Simbad el Marino

... Y domingo

7. A ritmo de *rock*
8. Una pulga con penacho de plumas
9. Tras los cristales
10. El mensaje de Achís
11. Rumbo a América
12. ¿Dónde están las llaves?

Viernes

1. Un sereno venido del mar

–¡ACHÍIIIIIIIS! –Benito sacó el pañuelo del bolsillo y se sonó con fuerza. Pero no había manera... De nuevo, picazón en la nariz y, casi enseguida, otro estornudo fortísimo–. ¡A... a... achíiiiiiiiis!

Así cómo iba a concentrarse en el examen. Don Rodrigo ya se acercaba por el pasillo.

–¿Estás acatarrado, Benito? ¿Te encuentras mal?

–No, no. Es la alergia –contestó el niño aún con el pañuelo en la mano.

–¿Alergia al polen?

–Al polen, a los hongos, al polvo, a los sitios húmedos, al pelo de los gatos y los perros...



Don Rodrigo miró a su alumno con los ojos apenados, al mismo tiempo que trataba de consolarlo:

–Bueno, bueno, pronto se te pasará.

Lo malo era que Benito no estaba tan seguro.

Continuó con el examen y los estornudos hasta que el timbre sonó con estridencia y se acabó el colegio.

Era viernes.

Antes de volver a casa, Benito tomó el camino de la playa. Y, tras él, Belén, como siempre.

—¿Estás malo? —preguntaba Belén, corriendo dos pasos por detrás de Benito.

Finalmente el niño se volvió.

—Que no, que ya te lo he dicho otras veces. Es la alergia.

—Pero es que aquí no hay gatos. Ni gatos, ni perros, ni polvo, ni polen, creo yo...

—Pues será que también te tengo alergia a ti.

¡Menuda pesada, se lo había buscado!

Belén se quedó de una pieza y Benito aprovechó para salir como un bólido rumbo hacia la playa.

En las rocas el agua batía tejiendo puntillas de espuma. En el horizonte apenas se divisaba un velero de juguete. Diminuto. Benito bajó a la orilla del mar. Las olas iban y venían, iban y venían, iban y venían.

Incansables. Benito se sentó en la arena. Se quitó los zapatos. El agua le rozaba los pies. Ahora sí, ahora no, ahora sí, ahora no...

El mar era hermoso y el niño no se cansaba de mirarlo. De momento se le había pasado el ataque de alergia y Benito era casi feliz.

El niño tuvo que cerrar los ojos porque le dolían de tanta claridad. Y cuando los volvió a abrir... Cuando los volvió a abrir, había ocurrido algo muy extraño: en la orilla, como diez pasos más hacia la izquierda, había un hombre. Salía del agua y estaba empapado, claro. Llevaba una chaqueta larga y una gorra de plato. De su cinturón colgaban un montón de llaves. Y en la mano derecha tenía una lanza tan alta como él.

—¡Ya va, ya va! —gritaba mientras sus botas encharcadas pisaban la arena húmeda.

Al hombre le costaba moverse a causa de su ropa mojada. La verdad es que estaba hecho una sopa.

Por fin, se fijó en el niño.

–Y tú ¿qué haces aquí? –le dijo con un acento cantarrín.

–Pues... mirando al mar.

–Huy, has dado en el clavo, muchacho; la canción que más me gusta. «Mirando al mar, lalá...» –y se puso a tatarrear una canción que sonaba a muy vieja, mientras daba pasitos cortos y bailaba alrededor de su lanza.



Por fin, Benito le preguntó:

–¿Te habías ahogado?

–¿Ahogarme? No, no, no. Había bajado al fondo del mar porque... ¿Tú no conoces la canción?

–¿Esa de «Mirando al mar»?

–¡No, no, no! ¡No te enteras, niño, no te enteras! –dejó la lanza en el suelo, dio tres saltos altos... altos y comenzó a cantar–: «¿Dónde están las llaves, matarile, rile, rile? ¿Dónde están las llaves, matarile, rile, ron? En el fondo del mar, matarile, rile, rile. En el fondo del mar, matarile, rile, ron». Por eso, por eso, por eso. He venido a buscar las llaves al fondo del mar.

–Pero... ¡si las tienes colgadas del cinturón! –A Benito nunca le había sucedido algo tan divertido. Lo que se iban a reír cuando se lo contara a sus amigos.

–Ahora sí, chaval, ahora sí. ¡Porque las he encontrado! ¿A que no sabes dónde?

–En el fondo del... ¡A... a... achís, achís!

–Oye, oye, oye, si lo llamas tan fuerte, vendrá.

Aquellas palabras tan enigmáticas obligaron a Benito a dejar de estornudar. Tenía que preguntarle a aquel hombre tan extraño un montón de cosas.

–Pero ¿de qué estás hablando? Y, además, ¿tú quién eres?

–Sospecho que a la primera pregunta tendremos respuesta enseguida. En cuanto a la segunda, creía que se me notaba. Soy el sereno –el hombre se quitó la gorra de plato e hizo una reverencia.

–¿El qué? ¿El sireno? ¿Por eso sales del fondo del mar? ¿Eres el marido de una sirena?

–¡No, no, no! Niño, tú has visto muchas películas... Creía que eras un poco más inteligente. Soy sereno, de profesión sereno. Guardo las llaves de las casas del pueblo. Se me habían perdido y he venido a buscarlas al lugar idóneo, o sea, al mar. Por lo de la canción. ¿Te enteras ya?

Además voy vestido de sereno. Mi gorra, mi guardapolvo, mi chuzo...

–Tu ¿qué? ¿Cómo llamas a la lanza?

–La lanza, la lanza... ¿Te crees que soy un caballero medieval? De lanzas nada, esto es un verdadero chuzo de verdadero sereno.

–¡Achíiiiiis, achís, achís! –Parecía que Benito no iba a parar nunca–. ¡Achís!



–Niño, niño, te he dicho que no lo llares más, que al final viene. Y no traerá más que disgustos.

–No sé de qué me hablas. ¡A... a... achís! Es que tengo alergia y ahora no sé qué... ¡Achís! A veces hago hasta trece estornudos seguidos... ¡Achís!

La tarde se había ido oscureciendo. Por el horizonte venían unos nubarrones negros, negros. De repente, un

rayo partió el cielo en dos y, al poco, retumbó un trueno sobre los estornudos de Benito. El niño paró en seco. No había batido su récord, sólo había dado siete estornudos.

Una de las nubes negras cogió velocidad y aterrizó sobre la orilla en un santiamén. Pero lo más increíble de todo es que sobre la nube algodonosa venía montado un verdadero piel roja.

—Ya lo tenemos aquí. Mira que te lo he avisado. ¡Vaya por Dios, ya lo tenemos aquí! —El sereno cogió su chuzo y su gorra y salió corriendo rumbo a las rocas.

El indio se desmontó de su nube. Llevaba un penacho de plumas de colores que se mecía al vaivén del viento.

—¿Dónde ir, sereno medica, dónde ir? —atronó con voz poderosa.



—¡Me llaman, me llaman, me llaman! Tengo que ir a trabajar. ¡Ya va, ya va! —Lo último que se divisó de él fue su viejo guardapolvo todavía húmedo.

Benito y el piel roja se habían quedado solos en medio de la playa desierta. Sólo entonces el indio se fijó en el niño. Levantó su mano derecha y dijo:

—¡Hao! Yo ser Achís, hermano del gran Cochise, jefe de la tribu apache.

—¡Achís, claro! —Benito comprendió de golpe las palabras del sereno—. Yo soy Benito, hermano de Pablo, de la familia Fernández que vive al lado de la panadería.

—Bueno, ¿qué querer de mí? Tú llamarme —el indio parecía impaciente y no hacía más que mirar el cielo.

—Yo no te he llamado. Bueno, sí. Es que yo tengo alergia y, cuando me da, no puedo parar de estornudar, y me lloran los ojos y me pica la nariz y...

—¡Benito, yo no tener mucho tiempo! Venir nubes de tormenta. Si yo mojarme, encoger, encoger, encoger. Volverme pequeñito. Por eso venir por el cielo, yo no poder atravesar el mar. No ser como el sereno medica. Yo estar hecho de tejido de mala calidad.

—¿Qué?